

2018

TE QUIERO ASÍ

"2ª CONVOCATORIA DE RELATOS CORTOS IMAGEN
Y SALUD"

Querida yo del futuro:

Hoy hace exactamente un año en el que empecé a vivir por segunda vez. Y...
¡No te lo vas a creer, pero sigo siendo feliz!

Son las 8.30 de la mañana. Demasiado sueño para tan poco café, pienso. Demasiados sueños para tampoco (re)caer de nuevo. Lo prometo. Como cada mañana, deambulo descalza hacia el baño, casi por inercia. Me encanta esa sensación de frío en la planta de mis pies. Me resulta una maravillosa forma de hacerme saber, que todo sigue siendo real. Entre pesados bostezos, abro el grifo, coloco mis manos a modo de cuenco, dejo que se llenen de agua y empapo mi cara entre infinitas gotas heladas que, por fin, empiezan a despertar todos y cada uno de los poros de mi adormecido rostro. "Buenos días, princesa" me digo a mi misma, al más puro estilo Benigni en la Vida es Bella.

Me incorporo en mi más absoluta rigidez matutina y sonrío desafiante ante el espejo. Un espejo incrédulo que ya no me reconoce. Ese mismo espejo que tantas veces me ha mirado; un espejo que, tantas y tantas veces, me ha visto exhausta de luchar, golpeada por las manos más duras. Herida por la crítica más destructiva. En ocasiones, muerta en combate. Otras tantas, viva por instinto.

Un espejo que aún me observa desconcertado y me transporta a tantos días de desasosiego y llanto. De zozobra y agonía. Porque, a veces, aunque las heridas cierran, las cicatrices que yacen en nuestros cuerpos siguen rezumando dolor. Un dolor, causado por tanto daño. Un dolor, cansando de tanto daño.

Al principio, todo era felicidad. Éramos almas gemelas fundidas en un mismo cuerpo. Un mismo corazón que palpitaba al compás de una maravillosa armonía de vida. Un corazón que latía al son de una única melodía en "mi- sol-sostenido". Ahora, he de reconocer que apenas recuerdo aquellos días. Quizás ahora, a penas, recuerdo esos días.

Pasaban los meses y los compases de nuestro pentagrama empezaron a ser cada vez más intensos. Otoños bañando nuestros pies en la hojarasca del parque donde solíamos comprar buñuelos de chocolate al pasar por la esquina;

inviernos bailando bajo la lluvia, adornando las tardes de domingo con la tétada perfecta: sofá, manta, peli y palomitas de maíz.

Siempre me decía lo guapa que estaba y lo bien que me sentaba el ser feliz. Los días desenfundados y desenfadados, pasaban sin darnos cuenta. Los pequeños charcos de las últimas lluvias empezaban a desdibujarse en las aceras despidiendo poco a poco, los resquicios de un frío invierno que se alejaba para abrir paso a nueva primavera. La imaginaba en nuestro mundo y, créeme, sonaba tan bien como la de Vivaldi.

En las tardes de abril solíamos pasear de la mano por las calles del centro. Los escaparates parecían ventanas abiertas a un sinfín de paisajes primaverales, llenos de vida: blusas escotadas, vestidos de vuelo, faldas cortas y cabezas despeinadas. Tanta era la alegría que desprendían que, hasta aquellos horrendos maniqués sin rostro, parecían guiñar un ojo y sonreírle a la vida.

Los estampados y su estrambótico colorido, eran como un olor irresistible que, a menudo, te incitaba a entrar. Recuerdo que en uno de esos días me dijo “¿Por qué no te pruebas para mí, ese precioso vestido que tanto te gusta?”. Ilusionada cual niña pequeña una mañana de reyes, crucé la puerta de aquel paraíso de telas. Cogí mi talla de siempre, fuimos al probador y poco a poco, me fui deshaciendo de mi ropaje. Entonces, observé una mirada en el espejo. Unos ojos que bebían sorbo a sorbo desde la distancia, cada palmo de mi cuerpo semidesnudo y me sometían a un exhaustivo escrutinio. Sin embargo, yo no me veía. Sabía que era yo, pero algo en mí había cambiado. Despersonalización, lo llaman. Por primera vez, sentí vergüenza. Mucha.

Algo no iba bien. Por más que batallaba por entrar en aquel vestido, todo intento era en vano. Una insulsa lucha como quien intenta encajar una pieza en un puzle que no es el suyo. Y entonces su voz. “Estás más rellenita, no pasa nada. Es normal que no entres. Ponte a dieta, así podrás entrar en tu talla de siempre. Ya sabes que a mi me gustas más delgadita”. Silencio. De repente tanta primavera se tornó invierno. De repente, tantas ganas de verano, se tornaron pavor.

Así se acabaron los buñuelos de chocolate, las palomitas del domingo y los helados de las tardes al sol que tanto nos gustaban. Se acabaron los saltos en la hojarasca, los bailes bajo la lluvia y las tardes de sofá.

Así, empezaron las interminables horas de gimnasio, los kilómetros de running y los maratones de horas sin comer. Los números de mi vieja báscula, descendían a un ritmo impensable. Me hice experta en matemáticas y eso que nunca gustaron. Contaba series y repeticiones, calculaba calorías, sumaba minutos sin comer y restaba los centímetros que a mi cuerpo le iban faltando. Me sentaba siempre en la misma silla. Me gustaba observar la distancia cada vez mayor de mis muslos al borde del asiento. Al borde de un abismo, me siento.

En mi ingenua inocencia creía que era (le hacía) feliz. Que aquellos ojos que me observaron en el espejo de aquel probador, ahora estarían orgullosos de mí. Y, sin embargo, nunca era suficiente. Siempre quería más. Al principio su voz, solo era un susurro en mi oído, aunque constante. Luego, empezaron los gritos. Cada vez más fuertes. Cada vez más duros. “¡Estas gordas! ¡Así no me gustas! ¡Ni a mi ni a nadie!”. Un miedo desmesurado me ahogaba siempre al final de cada día. Temía encontrarme con su presencia. Porque poco a poco, comenzaron los golpes, las palizas en el baño que terminaban conmigo de rodillas frente al retrete. Un cuerpo inerte que destilaba dolor en cada más mínimo movimiento. Unos huesos que marcaban cada resquicio de mi blanquecina piel. Unos ojos de mirada amarga hundidos en unas cuencas que parecían no ser las mías. Pero yo no veía nada, solo escuchaba aquella voz. Unos nudillos rojizos, en carne viva. Al fin y al cabo, debía ser de las pocas cosas que quedaran con vida en mí. De repente, una oleada de vértigo sacudió hasta mi última vertebra. De repente miedo. Angustia. De repente, oscuridad.

Varios días más tarde, volví a nacer. Eso dijeron los médicos. Desperté en la cama de un hospital de alguna parte y sin saber muy bien como había llegado hasta allí. Vacía de energía. Por muchos cables que me acorralaban. Recuerdo personas. Muchas caras. Caras que, en aquellos últimos meses, había dejado de ver. Me prohibía salir a comer. Ni amigos, ni familia. Dejé de hacerlo.

Era un excelente atajo, para evitar problemas. Y, sin embargo, que dicha más grande recorrió mi cansado cuerpo al volver a verlos. Fue en ese momento en el que supe, que era verdad. Llevaban razón. Había nacido de nuevo. Aquel era el primer día de mi segunda vida. Aquel día, las palabras nacer y despertar, me parecieron las más bonitas del mundo.

Pasaron meses y meses hasta que mi cuerpo fuera recuperando peso. Y vida. Las heridas fueron cerrando sus costuras, muy lentamente, pero con el remate perfecto. Las manos de quienes esperaron angustiados mi despertar de aquel frío desvanecimiento, agarraron fuerte el timón de mi barco y supieron encauzar el rumbo de aquella nueva travesía. Me dejé llevar. Lo agradecí. Aún me sentía sin fuerzas como para ser yo quien guiara el navío. Aunque sí, con la suficiente como para aprender a apreciar la vida.

Las matemáticas empezaron a ser mi asignatura pendiente y sin embargo, los números dejaron de importarme. Se fueron las ganas de contar, de sumar, de restar. Las ganas de calcular y recalculer prácticamente, mi vida. Y con ellas, se fue esa presencia. Con ellas, se fue esa voz que tantos días había alimentado y amedrentado mi mente a base de puro terror.

En medio de aquella nueva vida, empecé a conocer a muchas personas que habían pasado por lo mismo que yo. Siempre he pensado que compartir emociones nos acerca, que nos hace más humanos. Que expresar, nos libera. Que expresarnos, libera. Eso también lo aprendí. Y créeme que fue el primer paso para romper definitivamente, las cadenas me ataban a aquel pasado.

Con el paso de los meses, la felicidad empezó a llegar a borbotones. Recuperé los kilos que me faltaban, incluso más. Sin remordimientos. Recuperé el color de mi piel y mis mejillas volvieron a ser rosadas. Encontré las cuencas de mis ojos que ahora ya no estaban tristes. Volví a saltar en la hojarasca y a bailar bajo la lluvia. A comer buñuelos y palomitas de maíz. Descubrí que mi corazón volvía a latir y que una nueva melodía, ponía banda sonora a mi vida: "sol-la- en mi-mejor".

Ahora tengo una nueva relación. Ahora ya no hay miedos, ni terror. Ni voces, ni palizas. Alguien con quien ya no me avergüenzo en el espejo del probador si no entro en alguna prenda. Y es que, probablemente la ropa haya encogido. Y si no, seguro que hay mil modelos más. Porque si la pieza no es de ese puzle, ya encontraremos al puzle que le falta. Alguien que me recuerda que soy inteligente, creativa y divertida. A veces despistada pero irremediablemente responsable a la vez. Impaciente y valiente. Emotiva, risueña, soñadora. Persistente, perseverante y constante. Y otras tantas cosas que nunca había visto en mí. Porque ahora se que puedo ser algo más que un cuerpo bonito. Puedo y quiero. Porque ahora, por encima de todo, quiero vivir. Sin el “sobre” delante, que ya pesaba. Sana y salva.

Hace unos días, entre los montones de papeles de mi despacho, encontré uno de esos poemas escritos para mí que tanto me gustan. He de reconocer que, de alguna forma, ha sido la mecha que ha encendido esta llama en forma de carta que algún día, quiero que leas.

Te quiero así.

De felicidad, sobre todo.

Cuando te miras en el espejo y no huyes,

Cuando las etiquetas no son más que pegatinas

Cuando tus medidas,
no son más que números.

para quienes no saben aún, ser libres.

Y es que, aún no han averiguado la fórmula exacta

Te quiero así.

de la perfección de tus curvas.

Cuando vas a comprar ropa

Ni de tus rectas tampoco.

Y dices que los espejos mienten.

Que te pongas lo que te pongas

Te quiero así.

Todo te queda bien.

Cuando tus matemáticas no se basan en contar calorías

Y si no, a otra cosa, mariposa.

Pero sí momentos.

Te quiero así.
Cuando no eres esclava de lo que
comes
Cuando "un día es un día"
Y todos los días los son
Y mañana toca correr,
pero porque te encanta sentirte libre.

Te quiero así
Por lo que has luchado y conseguido
Porque ahora, te importa cuidarte
Porque quieres vivir muchos años
más

Porque has sido pasado en tu "modo
perfecto"
para ahora ser un presente continuo
imperfecto.

Te quiero así
Con tus virtudes y tus defectos
Cuando la vida pasa, pero no pesa
Cuando te pesas y pasas.
Cuando eres tú, en toda tu esencia.
Te quiero así, siempre.

Querida yo del futuro, ahora tengo una nueva relación. Conmigo misma. Ahora hay alguien que me respeta tal y como soy. Natural. Sin complejos. Libre. Y ese alguien, no es nadie más, que yo misma. O tú dentro de un futuro no muy lejano.

Te confieso pues, que nunca hubo nadie más. Ni antes, ni ahora. Solo yo conmigo misma y los espejos. Y es que a veces, nuestro peor enemigo, no es nada más ni nada menos, que una misma. No necesitamos a nadie más para arruinarnos la vida. Si algo me ha enseñado la vida es que, en nuestro interior, podemos desdoblarnos en dos: un "yo tóxico" y un "yo que es luz".

El "yo tóxico" es esa parte de ti que se deja guiar por la crítica destructiva, por el autodesprecio, por la deformidad imaginada, por la búsqueda utópica de la perfección. Por la constante insatisfacción corporal víctima de los cánones de belleza que la sociedad establece para ti y que te atosigan a todas horas. Una voz despiadada y deshumanizada que te asfixia, te ahoga y te impide vivir con serenidad. Que te convierte en aquello que realmente no eres, porque de alguna

forma, llegas a ser nada. Un simple rehén de tantos productos y marcas, de mitos y excentricidades. Y que juega con las formas, pero no solo con las de tu cuerpo. Triángulos perversos y círculos viciosos combinados en una batalla difícil de librar y que a menudo, pone en riesgo tu vida. Porque así la vida, simplemente pasa. Con pena y, además, sin gloria. No hay peor relación tóxica ni de maltrato, que la que yo tuve conmigo misma.

Pero por suerte, querida yo del futuro no todo es permanente. Por suerte, no todo permanece y los miedos se van, porque la mejor manera de espantarlos, la mejor forma de ahuyentarlos no es otra que con luz. Si no ¿Por qué los niños pequeños dejan de tener miedo cuando encendemos la lámpara? En la vida, también existe esa luz, pero la llevamos por dentro. A simple vista no se ve, pero cuando sale, deslumbra. Magia, lo llaman. Porque la gente que te quiere, lo hace por como eres en tu interior y sin importar tus kilos de más. Porque lo físico cambia y envejece, pero lo que nunca desaparece, es la esencia de quienes somos.

Querida yo del futuro, ahora que yo he empezado a quererme (muchísimo) por mí misma, espero que tú no hayas dejado de hacerlo. O al menos, que cuando me leas, recuerdes todo lo que un día luché contra una sociedad que te dirá todo lo contrario, para que hoy tú seas feliz. Porque no hay una media naranja más bonita con la que compartir una vida, que contigo mismo. Porque no hay visión más bonita delante de un espejo, que tú misma sin miedos. Y si te dicen lo contrario, mienten. ¡Ah! Y siempre siendo luz. Lo demás, llega solo.

Te quiero así, nunca lo olvides.